

# COPLAS POR LA MUERTE DE SU PADRE

JORGE MANRIQUE

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando,  
cuán presto se va el placer,  
cómo, después de acordado,  
da dolor;  
cómo, a nuestro parecer,  
cualquiera tiempo pasado  
fue mejor.

Pues si vemos lo presente  
cómo en un punto se es ido  
y acabado,  
si juzgamos sabiamente,  
daremos lo no venido  
por pasado.  
No se engañe nadie, no,  
pensando que ha de durar  
lo que espera,  
más que duró lo que vio  
porque todo ha de pasar  
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar,  
que es el morir;  
allí van los señoríos  
derechos a se acabar  
y consumir;  
allí los ríos caudales,  
allí los otros medianos  
y más chicos,  
y llegados, son iguales  
los que viven por sus manos  
y los ricos.

### **Invocación:**

Dejo las invocaciones  
de los famosos poetas  
y oradores;  
no curo de sus ficciones,  
que traen yerbas secretas  
sus sabores;  
A aquél sólo me encomiendo,  
aquél sólo invoco yo  
de verdad,  
que en este mundo viviendo  
el mundo no conoció  
su deidad.

Este mundo es el camino  
para el otro, que es morada  
sin pesar;  
mas cumple tener buen tino  
para andar esta jornada sin  
errar.

Partimos cuando nacemos,  
andamos mientras vivimos,  
y llegamos  
al tiempo que fenecemos;  
así que cuando morimos  
descansamos.

Este mundo bueno fue  
si bien usáramos de él  
como debemos,  
porque, según nuestra fe,  
es para ganar aquél que  
atendemos.

Aun aquel hijo de Dios,  
para subirnos al cielo  
descendió  
a nacer acá entre nos,  
y a vivir en este suelo  
do murió.

Ved de cuán poco valor  
son las cosas tras que andamos  
y corremos,  
que en este mundo traidor,  
aun primero que muramos  
las perdamos:  
de ellas deshace la edad,  
de ellas casos desastrados  
que acaecen,  
de ellas, por su calidad,  
en los más altos estados  
desfallecen.

Decidme: la hermosura,  
la gentil frescura y tez  
de la cara,  
el color y la blancura,  
cuando viene la vejez,  
¿cuál se para?  
Las mañas y ligereza  
y la fuerza corporal  
de juventud,  
todo se torna graveza  
cuando llega al arrabal  
de senectud.

Pues la sangre de los godos,  
y el linaje y la nobleza  
tan crecida,  
¡por cuántas vías y modos  
se pierde su gran alteza en  
esta vida!  
Unos, por poco valer,  
¡por cuán bajos y abatidos  
que los tienen!  
otros que, por no tener,  
con oficios no debidos  
se mantienen.

Los estados y riqueza  
que nos dejan a deshora,  
¿quién lo duda?  
no les pidamos firmeza,  
pues son de una señora  
que se muda.  
Que bienes son de Fortuna  
que revuelven con su rueda  
presurosa,  
la cual no puede ser una  
ni estar estable ni queda  
en una cosa.

Pero digo que acompañen  
y lleguen hasta la huesa  
con su dueño:  
por eso nos engañen,  
pues se va la vida apriesa  
como sueño;  
y los deleites de acá  
son, en que nos deleitamos,  
temporales,  
y los tormentos de allá,  
que por ellos esperamos,  
eternales.

Los placeres y dulzores  
de esta vida trabajada  
que tenemos,  
no son sino corredores,  
y la muerte, la celada  
en que caemos.  
No mirando nuestro daño,  
corremos a rienda suelta  
sin parar;  
desque vemos el engaño  
y queremos dar la vuelta,  
no hay lugar.

Si fuese en nuestro poder  
hacer la cara hermosa  
corporal,  
como podemos hacer  
el alma tan gloriosa,  
angelical,  
¡qué diligencia tan viva  
tuviéramos toda hora,  
y tan presta,  
en componer la cativa,  
dejándonos la señora  
descompuesta!

Esos reyes poderosos  
que vemos por escrituras  
ya pasadas,  
por casos tristes, llorosos,  
fueron sus buenas venturas  
trastornadas;  
así que no hay cosa fuerte,  
que a papas y emperadores  
y prelados,  
así los trata la muerte como  
a los pobres pastores de  
ganados.

Dejemos a los troyanos,  
que sus males no los vimos  
ni sus glorias;  
dejemos a los romanos,  
aunque oímos y leímos  
sus historias.  
No curemos de saber lo  
de aquel siglo pasado  
qué fue de ello;  
vengamos a lo de ayer,  
que también es olvidado  
como aquello.

¿Qué se hizo el rey don Juan?  
Los infantes de Aragón  
¿qué se hicieron?  
¿Qué fue de tanto galán,  
qué fue de tanta invención  
como trajeron?  
Las justas y los torneos,  
paramentos, bordaduras  
y cimeras,  
¿fueron sino devaneos?  
¿qué fueron sino verduras  
de las eras?

¿Qué se hicieron las damas,  
sus tocados, sus vestidos,  
sus olores?  
¿Qué se hicieron las llamas  
de los fuegos encendidos  
de amadores?  
¿Qué se hizo aquel trovar,  
las músicas acordadas que  
tañían?  
¿Qué se hizo aquel danzar,  
aquellas ropas chapadas  
que traían?

Pues el otro, su heredero,  
don Enrique, ¡qué poderes  
alcanzaba!  
¡Cuán blando, cuán halaguero  
el mundo con sus placeres  
se le daba!  
Mas verás cuán enemigo,  
cuán contrario, cuán cruel  
se le mostró;  
habiéndole sido amigo,  
¡cuán poco duró con él  
lo que le dio!

Las dádivas desmedidas,  
los edificios reales llenos  
de oro,  
las vajillas tan febridadas,  
los enriques y reales del  
tesoro;  
los jaeces, los caballos  
de sus gentes y atavíos  
tan sobrados,  
¿dónde iremos a buscarlos?  
¿qué fueron sino rocíos  
de los prados?

Pues su hermano el inocente,  
que en su vida sucesor  
se llamó,  
¡qué corte tan excelente  
tuvo y cuánto gran señor  
le siguió!  
Mas, como fuese mortal,  
metióle la muerte luego  
en su fragua.  
¡Oh, juicio divinal, cuando  
más ardía el fuego, echaste  
agua!

Pues aquel gran Condestable,  
maestre que conocimos  
tan privado,  
no cumple que de él se hable,  
sino sólo que lo vimos  
degollado.  
Sus infinitos tesoros,  
sus villas y sus lugares,  
su mandar,  
¿qué le fueron sino lloros?  
¿Qué fueron sino pesares  
al dejar?

Y los otros dos hermanos,  
maestres tan prosperados  
como reyes,  
que a los grandes y medianos  
trajeron tan sojuzgados  
a sus leyes; aquella  
prosperidad que tan  
alta fue subida y  
ensalzada,  
¿qué fue sino claridad que  
cuando más encendida fue  
amatada?

Tantos duques excelentes,  
tantos marqueses y condes  
y varones  
como vimos tan potentes, di,  
muerte, ¿dó los escondes y  
traspones?

Y las sus claras hazañas  
que hicieron en las guerras  
y en las paces,  
cuando tú, cruda, te ensañas,  
con tu fuerza las atiertras  
y deshaces.

Las huestes innumerables,  
los pendones, estandartes  
y banderas,  
los castillos impugnables,  
los muros y baluartes  
y barreras,  
la cava honda, chapada,  
o cualquier otro reparo,  
¿qué aprovecha? que si  
tú vienes airada, todo  
lo pasas de claro con tu  
flecha.

Aquél de buenos abrigo,  
amado por virtuoso  
de la gente,  
el maestro don Rodrigo  
Manrique, tanto famoso  
y tan valiente;  
sus hechos grandes y claros  
no cumple que los alabe,  
pues los vieron,  
ni los quiero hacer caros  
pues que el mundo todo sabe  
cuáles fueron.

Amigo de sus amigos,  
¡qué señor para criados  
y parientes!  
¡Qué enemigo de enemigos!  
¡Qué maestro de esforzados  
y valientes!  
¡Qué seso para discretos!  
¡Qué gracia para donosos!  
¡Qué razón!  
¡Cuán benigno a los sujetos!  
¡A los bravos y dañosos,  
qué león!

En ventura Octaviano;  
Julio César en vencer  
y batallar;  
en la virtud, Africano;  
Aníbal en el saber  
y trabajar;  
en la bondad, un Trajano;  
Tito en liberalidad  
con alegría;  
en su brazo, Aureliano;  
Marco Tulio en la verdad  
que prometía.

Antonia Pío en clemencia;  
Marco Aurelio en igualdad  
del semblante;  
Adriano en elocuencia;  
Teodosio en humanidad  
y buen talante;  
Aurelio Alejandro fue  
en disciplina y rigor  
de la guerra;  
un Constantino en la fe,  
Camilo en el gran amor  
de su tierra.

No dejó grandes tesoros, ni  
alcanzó muchas riquezas ni  
vajillas;  
mas hizo guerra a los moros,  
ganando sus fortalezas  
y sus villas;  
y en las lides que venció,  
muchos moros y caballos  
se perdieron;  
y en este oficio ganó las  
rentas y los vasallos  
que le dieron.

Pues por su honra y estado,  
en otros tiempos pasados,  
¿cómo se hubo?  
Quedando desamparado,  
con hermanos y criados  
se sostuvo.

Después que hechos famosos  
hizo en esta misma guerra  
que hacía,  
hizo tratos tan honrosos que  
le dieron aún más tierra que  
tenía.

Estas sus viejas historias  
que con su brazo pintó  
en juventud,  
con otras nuevas victorias  
ahora las renovó  
en senectud.

Por su grande habilidad,  
por méritos y ancianía  
bien gastada,  
alcanzó la dignidad  
de la gran Caballería  
de la Espada.

Y sus villas y sus tierras  
ocupadas de tiranos las  
halló;  
mas por cercos y por guerras  
y por fuerza de sus manos  
las cobró.

Pues nuestro rey natural,  
si de las obras que obró  
fue servido,  
dígalo el de Portugal  
y en Castilla quien siguió  
su partido.

Después de puesta la vida  
tantas veces por su ley  
al tablero;  
después de tan bien servida  
la corona de su rey  
verdadero:  
después de tanta hazaña  
a que no puede bastar  
cuenta cierta,  
en la su villa de Ocaña  
vino la muerte a llamar  
a su puerta,

diciendo: «Buen caballero,  
dejad el mundo engañoso y  
su halago;  
vuestro corazón de acero,  
muestre su esfuerzo famoso  
en este trago;  
y pues de vida y salud  
hicisteis tan poca cuenta  
por la fama,  
esfuércese la virtud  
para sufrir esta afrenta  
que os llama.

No se os haga tan amarga  
la batalla temerosa  
que esperáis,  
pues otra vida más larga  
de la fama gloriosa acá  
dejáis,  
(aunque esta vida de honor  
tampoco no es eternal  
ni verdadera);  
mas, con todo, es muy mejor  
que la otra temporal  
percedera.

El vivir que es perdurable  
no se gana con estados  
mundanales,  
ni con vida deleitable  
en que moran los pecados  
infernales;  
mas los buenos religiosos  
gánanlo con oraciones  
y con lloros;  
los caballeros famosos,  
con trabajos y aflicciones  
contra moros.

Y pues vos, claro varón,  
tanta sangre derramasteis  
de paganos,  
esperad el galardón  
que en este mundo ganasteis  
por las manos;  
y con esta confianza  
y con la fe tan entera  
que tenéis,  
partid con buena esperanza,  
que esta otra vida tercera  
ganaréis.»

«No tengamos tiempo ya  
en esta vida mezquina  
por tal modo,  
que mi voluntad está  
conforme con la divina  
para todo;  
y consiento en mi morir  
con voluntad placentera,  
clara y pura,  
que querer hombre vivir  
cuando Dios quiere que muera  
es locura.

**Oración:**

Tú, que por nuestra maldad,  
tomaste forma servil  
y bajo nombre;  
tú, que a tu divinidad  
juntaste cosa tan vil  
como es el hombre;  
tú, que tan grandes tormentos  
sufriste sin resistencia  
en tu persona,  
no por mis merecimientos,  
mas por tu sola clemencia  
me perdona.»

**Fin:**

Así, con tal entender,  
todos sentidos humanos  
conservados,  
cercado de su mujer  
y de sus hijos y hermanos  
y criados,  
dio el alma a quien se la dio  
(en cual la dio en el cielo en  
su gloria),  
que aunque la vida perdió  
dejónos harto consuelo su  
memoria.